

CARTA PASTORAL

ANUNCIANDO LA ERECCIÓN DEL OBISPADO DE TAMAULIPAS
Y LA CONSAGRACIÓN DE SU PRIMER PRELADO.



NÓs, EL DOCTOR Y MAESTRO DON IGNACIO MONTES DE
OCA Y OBREGÓN, POR LA MISERICORDIA DE DIOS
Y LA GRACIA DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
PRIMER OBISPO DE TAMAULIPAS.

A NUESTRO VICARIO GENERAL Y VICARIOS FORÁNEOS, AL VENERABLE CLERO
Y A LOS FIELES TODOS DE NUESTRA DIOCESI,

SALUD, PAZ Y BENDICIÓN EN N. S. JESUCRISTO.

Venerables Hermanos é Hijos Nuestros muy amados:

ENVIADO por el Pastor de los Pastores á apa-
centar esta escogida porción del Rebaño de
Cristo, no debemos tardar un solo instante en
daros á conocer nuestra voz y en manifestaros el amor
de nuestro paternal corazón. Recibid, pues, el tierno sa-
ludo que os dirigimos al poner el pié en el territorio de
nuestro obispado; y mientras podemos con mayor dete-
nimiento y abundancia distribuiros el pasto saludable de

la divina palabra, prestad oído á los breves razonamientos que, en nuestra ansiedad por hablaros y conversar con vosotros, vamos á dirigiros sin dilación.

Cuán grato nos es, Hermanos é Hijos Nuestros, el poder presentarnos en medio de vosotros con el ramo de pacífica oliva que puso en nuestras manos el Representante de Dios en la tierra, y trasmitiros su dulce salutación, diciéndoos con toda nuestra alma: *Pax vobis*; la paz sea con vosotros. No es la falsa paz del mundo la que venimos á traeros, sino la verdadera paz; la paz de Jesucristo; esa paz prometida á los hombres de buena voluntad, y que es la única paz estable, la única duradera, la única segura. Recibidla de nuestros labios; acogedla con cristiana avidez y filial sumisión, y devolvedla con igual amor y ternura al espíritu de vuestro Padre y Pastor.

Nuestro Señor Jesucristo, antes de subir á los cielos, encomendó la Iglesia que acababa de fundar, al Príncipe de los Apóstoles San Pedro, y á sus legítimos sucesores. A su cuidado pastoral confió todo el rebaño; no las ovejas de un pueblo en particular, de una provincia, de una nación, sino las ovejas y los corderos del mundo entero, sin excepción alguna ó distinción de ningún género. Le dió potestad y le mandó apacentarlas y regirlas, entregándole asimismo las llaves del Reino de los Cielos, para que á su arbitrio lo abriera y cerrara, con la plena seguridad de que cuanto él atara ó desatara en la tierra sería á la vez atado ó desatado en lo alto.

Siendo imposible que un solo pastor gobernase por sí solo la Iglesia universal, y atendiese á las innumerables ovejas del Redil de Cristo, el Divino Fundador de la

Iglesia quiso que otros pastores inferiores apacentaran en particular diversas porciones del Rebaño, y la rigiesen en determinadas provincias y lugares. A estos preladados los sujetó, sin embargo, al Pastor universal; y dispuso que la asignación de determinado territorio, y el mayor ó menor número de ciudades y pueblos en que los Obispos ejercen su potestad, dependiera del Jefe Supremo San Pedro, y de sus legítimos sucesores los Romanos Pontífices. Así es que si abrimos las páginas de la historia eclesiástica, veremos que San Pedro mismo empezó sin tardanza á enviar Obispos á las principales ciudades del mundo conocido, y que los Pontífices que le sucedieron en la cátedra romana imitaron invariablemente su ejemplo.

Como era natural, cuando una nación ó un reino aún no se convertía enteramente al cristianismo, bastaba enviarle un solo pastor, para atender á los pocos fieles regenerados por el bautismo, é ir atrayendo nuevos prosélitos. A medida que se multiplicaban los cristianos, también se aumentaban los Obispos, y muchas veces un país sujeto al principio á un solo jefe espiritual, se dividía y subdividía hasta el grado de contar cincuenta y aun más preladados en su territorio. Así, por ejemplo, San Gregorio Magno no mandó más que un Obispo al reino de Inglaterra, que cuando la funesta caída de Enrique VIII encerraba una silla primacial, gran número de arzobispados, y muchísimas sedes episcopales. Así la vecina República de los Estados-Unidos, hace muy pocos años solo formaba una diócesi; y hoy día, aumentada la población y habiendo crecido el número de católicos, han podido sentarse en el último concilio plenario de Baltimore, siete

Arzobispos y cuarenta Obispos y vicarios apostólicos; y de entonces acá se han erigido todavía más de diez diócesis.

Recién plantada la Cruz en nuestra México, un solo pastor fué enviado á regir el vasto territorio conquistado á la fé; y asombra el recorrer con la imaginación los remotísimos confines adonde llegaba la jurisdicción del venerable Zumárraga. Pasados algunos años encontramos ya pastores en Michoacán y otros diversos puntos; y os acordaréis quizá que en 1862, además de la silla arzobispal de México, teníamos Obispos en Morelia, Guadalajara, Puebla, Chiapas, Yucatán, Oaxaca, Durango, Sonora, San Luis Potosí, y Monterrey, que comprendía también á Tamaulipas.

Nuestro soberano Pontífice el gran Pío IX, que ha mirado siempre á México con especial predilección, ansioso de proveer mejor á las necesidades de los numerosos fieles de estas comarcas, y secundando los generosos deseos de algunos dignos prelados mexicanos, resolvió aumentar el número de pastores en nuestro país, y subdividirlo en más diócesis. Entonces fueron alzadas á la dignidad de metrópolis las catedrales de Morelia y Guadalajara; y entonces también Veracruz, Chilapa, Tulancingo, Querétaro, Zamora, León y Zacatecas fueron erigidas en diócesis especiales, asignándose á cada una de ellas su propio pastor. Poco antes había sido segregada nuestra Tamaulipas de la vastísima jurisdicción de Linares; pero por diversas razones no quiso todavía el Sumo Pontífice constituirla diócesi propiamente dicha, y se reservó á sí mismo vuestro gobierno (como ha sucedido hasta ahora con la Baja California) enviando sucesiva-

mente dos personajes que hicieran sus veces en vuestro régimen inmediato, y llamados por eso *Vicarios Apostólicos*. El primero estaba adornado con la dignidad episcopal, y hace dos años que lamentais su temprana muerte. En el segundo resplandece con todo su brillo el glorioso carácter sacerdotal.

Llegó, por fin, el tiempo en que el Pastor de los Pastores resolvió asignar á la región de Tamaulipas un prelado propio, y elevarla al rango de las demás diócesis de la República Mexicana; y desde luego, Hermanos é Hijos Nuestros, sus augustos ojos se fijaron en nuestra pequeñez. Cuando menos debíamos esperarlo por nuestra corta edad y ningunos méritos, el Vicario de Cristo quiso ensalzarnos al episcopado, y encomendarnos en estos tiempos tan difíciles la creación de una diócesi. Aunque nunca habíamos penetrado en esta parte de nuestra patria, bien sabíamos cuán pesada era la carga que se iba á imponer sobre nuestros hombros. Hermosas como son estas comarcas y favorecidas por la naturaleza; heróicos y estimables bajo mil aspectos como son sus habitantes, no negaréis á pesar de todo, Hermanos é Hijos Nuestros, que el camino de un obispo por vuestro suelo está sembrado de punzantes espinas.

Nada ignorábamos, todo preveíamos; pero os confesamos sin rubor, que ni un momento soñamos en librarnos de la carga con que el Vicario de Cristo espontáneamente había pensado oprimirnos más bién que honrarnos. Antes bien, os declaramos con sinceridad, que si otra mitra más preciosa se nos hubiera destinado, si se nos hubiera ofrecido otro obispado en que abundaran los honores, no faltaran bienes temporales, y el trabajo fuera

más ligero, sin duda alguna habríamos suplicado al Sumo Pontífice se dignase ceñir otra frente, ya arrugada por los años, con esa mitra poco á propósito para la nuestra. Pero las fatigas apostólicas, las peregrinaciones, los peligros preparados al primer obispo de Tamaulipas, presentaron tan dulce atractivo á nuestra imaginación, que suspirábamos porque nos calentara vuestro ardiente sol, y más de una vez nos soñamos evangelizando en las orillas de vuestros pintorescos rios, ó ungiéndoos con el crisma de salvación bajo los frondosos árboles de vuestras escarpadas sierras.

Nos hallábamos entonces en la Eterna Ciudad, presenciando el más grande acontecimiento de este siglo: la celebración del Concilio Ecuménico Vaticano. Diversas causas retardaron nuestra preconización; entre otras la caída de Roma en poder de los enemigos de la Iglesia, y la prisión á que tuvo en consecuencia que sujetarse nuestro augusto Pontífice, desde el 20 de Setiembre del año siempre infausto de 1870.

Este funesto suceso nos hizo ir á buscar en el Calvario los consuelos que ya no nos suministraban los sepulcros de los mártires, hollados por sacrílegas plantas. Partimos para Tierra Santa, y sepultamos nuestro dolor entre los puros goces de Belén y la dulce amargura de Getsemaní. Recorrimos más de una vez las aldeas y pueblos por donde Nuestro Divino Salvador pasó derramando beneficios, anunciando el Evangelio á los pobres, y enseñando sus santísimas doctrinas. ¡Cuántas fuerzas adquirimos meditando la pasión de Nuestro Redentor en los mismos lugares regados por su sangre preciosa! ¡Cuánto valor nos infundieron las largas horas pasadas en santa

contemplación dentro del sepulcro glorioso del triunfante Jesús!

El deber nos llamó otra vez á la esclavizada Roma; y el 6 de Marzo del presente año, penetrando por en medio de las guardias que circundan el que fué palacio, y hoy es cárcel del Soberano Pontífice, fuimos revestido por el gran Pio IX con el roquete de cándido lino, emblema de nuestra jurisdicción, despues de haber sido solemnemente preconizado primer obispo de Tamaulipas.

Un altísimo honor, una nueva dicha, un insigne favor nos aguardaba, de que antes que Nós ningun compatriota habia gozado, con que fuera de Nós, sólo uno nacido en el Continente Americano ha sido distinguido. No contento Pio IX con las gracias que ya habia acumulado en nuestra humilde persona; no satisfecho con los dones esparcidos sobre los mexicanos, quiso honrarnos ¡oh Hermanos é Hijos Nuestros! y honrarnos á Nós mismo por vosotros y para vosotros, consagrando con sus propias augustas manos al primer Pastor de Tamaulipas y confiriéndole Él mismo directamente la plenitud del sacerdocio.

No podemos disimularos, Hermanos é Hijos Nuestros, el inefable gozo que inundó nuestra alma la inolvidable mañana del 12 de Marzo, fiesta del gran Pontífice San Gregorio Magno. En el oratorio particular de la habitación del Papa prisionero, se verificó privadamente la majestuosa ceremonia de nuestra consagración episcopal. Si siempre es imponente, sea quien fuere el obispo que derrama el óleo sacrosanto, sean cuales fueren las circunstancias, la época y el lugar en que el nuevo pas-